



Tiki Tiki Tiki

Arturo Romero Santeliz

santeliz.ar@gmail.com

(Ciudad de México, México.)



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

I

Un comedor pequeño, detrás de la mesa se ve una barra de cocina. A la izquierda de la barra, de manera perpendicular, hay una puerta. Entra la luz tenue. En la mesa, Laura se encuentra tomando café mientras lee.

ANA: ¿Tan temprano?

LAURA: ¿Qué?

ANA: No son ni las diez y escucha

LAURA: ¿Qué?

ANA: Los ruidos. ¿Oyes? Ese el de los tamales, el camión de la basura. Ahí va la señora del 302-D al baño, seguramente.

LAURA: ¿Del 302-D?

ANA: Sí, esa que camina siempre así, como arrastrando una pierna.

LAURA: ¿Y cómo sabes que va al baño?

ANA: Sólo camina así de rápido cuando va al *(suena el sonido de la descarga de agua)*

LAURA: Ya...

ANA: ¿Ahora qué?

LAURA: Tienes bien estudiados a los vecinos.

ANA: No es eso, es que todos estos ruidos no me dejan hacer nada.

LAURA: Tú lo dijiste, ya casi las diez y te vas levantando. Al menos no han roto tu ciclo del sueño.

ANA: Cállate, sabes que me acuesto tarde.



LAURA: Y no entiendo porqué

ANA: Trabajo mejor. En la noche no hay ruido. Sólo escucho tus ronquidos y los de Dona. Aunque a veces ese imbécil pone su música a todo volumen. De hecho, ya se tardó.

LAURA: ¿Cómo sabes que es el mismo?

ANA: Quién otro se va a poner a escuchar a Chalino a mitad de la noche... o de la mañana. Es más, ¿quién escucha a Chalino? Aparte, comprendo que lo escuche los viernes o los sábados, ¿pero en miércoles?

LAURA: Tienes razón. Quién, además de ustedes dos, sabe quién es el tal Chalino ese. ¿Quieres café?

ANA: Sí, por favor. Bueno, ya, el punto no es ese.

LAURA: ¿Entonces?

ANA: Cuando me dijeron que podía realizar mi trabajo desde casa, pensé que sería más tranquilo y relajante, ¿sabes? Hacer las cosas a mi ritmo, sin que nadie estuviera ahí, interrumpiendo, pero no. Todo el tiempo hay ruido. Un chingo de ruido. Que la basura, que si el del agua, que si el organillero, que la señora de allá arriba, que si el imbecil del Chalino.

LAURA: ¿Qué esperabas? Son departamentos, es la ciudad. Aquí nos tiramos un pedo y el viejito de al lado arruga la nariz. No eres la única que lo nota.

ANA: Pues sí, pero parece que lo hacen para molestarte. Ya voy para el año y...

LAURA: ¿Y? Y los que te faltan. Tú porque no estabas y sólo llegabas en la noche. Pero el ruido siempre ha estado desde siempre. Por eso yo, cuando me toca trabajar aquí, pongo música o prendo la televisión. Así me distraigo y no nos sentimos tan solas Dona y yo.

ANA: Pues no sé cómo le haces.

LAURA: Así: los ignoro.

ANA: ¿Y luego?

LAURA: No hay otro paso, Ana, los ignoro y ya. Mejor ven, dame los buenos días. *(La abraza y la besa).*

ANA: En verdad que no puedo. Todos esos ruidos y luego ese.

LAURA: ¿Cuál?

ANA: Ese ruido que suena, así como tiki tiki tiki tiki

LAURA: *(La aparta y se aleja)* Ya vas a empezar con tu pinche ruido ese que nadie más que tú escucha.

ANA: Te juro que sí existe. Tiki tiki tiki tiki, todo el rato, tiki tiki tiki



LAURA: Tiki tiki tiki ¡Ah! Ya deja de quitarme el tiempo. Voy a darle de comer a Dona.

II

La misma escenografía. Todo está mejor iluminado. En la mesa, Ana se encuentra tomando café mientras tiene su computadora enfrente, Laura se encuentra sentada en otra silla tecleando en su computadora.

ANA: ¡Ya!

LAURA: ¿Qué pasó?

ANA: Pasa que no me sale.

LAURA: ¿Qué?

ANA: ¡Todo! No me sale nada.

LAURA: Quizá lo debas pensar más ¿no crees?

ANA: No, es eso. Es el pinche ruido que no me deja concentrar

LAURA: ¿Cuál ruido?

ANA: Todos. No manches, escucha. ¿Qué hace pasando el de los camotes tan temprano?

LAURA: Pues tiene que comer ¿no?

ANA: ¿Pero tan temprano?

LAURA: Ya, Ana. Creo que esto del trabajo en casa te estresa demasiado. Es normal.

ANA: ¿Normal? ¿Normal trabajar con tanto pinche ruido?

LAURA: Sí, es decir, no.

ANA: ¿Entonces?

LAURA: Pues... ruido siempre hay. Es la ciudad. No la puedes apagar y si consigues una forma de hacerlo, te va a buscar hasta el FBI.

ANA: Es que es todo el tiempo. El afilador, el de los cocoles, el del gas.

LAURA: También andan haciendo su trabajo

ANA: Pero ese ni siquiera lo grita bien. Dice "¡El aaaas!" ¿Qué es eso?

LAURA: (Ríe) Ya sé. Pero no me refiero a eso. Tienes razón, ruido siempre hay. Pero me refiero al estrés.

ANA: ¿Cómo?



LAURA: Pues sí, aquí no era tu trabajo. Tenías un espacio allá y llegabas a descansar. Pero ahora estás todo el tiempo aquí, trabajando.

ANA: Pues tengo la mala costumbre de comer.

LAURA: Ya sé, pero no te das horarios. Intentas trabajar en el día, te estresas, y trabajas por las noches. No te das descansos.

ANA: Claro que sí, cuando sacamos a Dona.

LAURA: Una hora ¿y las otras 23?

ANA: Es que, si no fuera por el ruido, podría trabajar mejor (*se recarga en Laura, ella le besa la frente*)

LAURA: Pero no es sólo eso, es que debes ponerte límites. Luego eres bien intensita, corazón.

ANA: No le das crédito a lo que digo.

LAURA: Sí le doy, pero esas cosas que dices ni se escuchan tanto.

ANA: ¿Y el de los camotes? Casi del brinco que pegó, Dona le hace un hueco al piso de la del 32-D. Pudimos haberle visto hasta los calzones.

LAURA: Bueno, ese sí, pero los demás no son para tanto. Además, cállate, te va a escuchar.

ANA: ¿Y? Nosotras la escuchamos ir al baño.

LAURA: (*Ríe*) Baja la voz. A nosotras también nos han de oír.

ANA: A mí no, pero a ti. ¡Puuuf! Seguro te escuchan hasta los de la otra torre.

LAURA: ¿No tenías que trabajar?

ANA: Sí, pero el ruido...

LAURA: Claro que no. Haces más ruidos tú. Te quejas y no me dejas trabajar a mí.

ANA: Claro que sí. Y más el ruido ese que te digo. Un día vas a escucharlo: Tiki tiki tiki ti...

(*Se escucha el rascar de uñas contra el metal*). Ves. Ahí está. Tiki tiki ¿Lo oyes? Siempre lo escucho, es el que más me choca.

(*el ruido continúa*)

LAURA: (*se levanta*) ¡Uy! sí, lo escucho

ANA: Te lo dije. No estoy loca

LAURA: (*Camina y se aparta*) Es Dona rascando la puerta para que la dejemos salir a la zotehueta. Debe querer ir al baño. Voy a abrirle.



ANA: Pero no, ese no. Que sí se escucha, te digo.

LAURA: Debes relajarte. Tranquila. Ve a caminar, fúmate un cigarro

ANA: Sabes que ya no fumo.

LAURA: Bueno, camina. respira y regresas a darle. Ponte audífonos. A mí me funciona. Mientras voy a hacer de comer.

III

Misma escenografía. La ilumina la luz de la tarde. En la mesa, Ana tiene su computadora enfrente.

ANA: Ya perdí mucho tiempo caminando. Ahora sí, a trabajar. Debo apurarme antes de que pase el de los elotes. *(imitando a Laura)* “Tú eres la única que les presta atención” “están trabajando” “sólo los ignoro y ya” “no hay pasos, Ana” “Tú eres la única que lo escucha” “tiki tiki tiki” “ponte los audífonos” “ñiñiñi ñiñiñi ñiñiñi” *(deja de imitarla)* Mejor me pongo los audífonos antes de que escuche pasar al desgraciado ese. Debo de apurarme. Quiero terminar temprano, que no he dormido bien últimamente. Yo no sé cómo Laura puede dormir cuando quiere. Qué es eso de comer e irse a echar, parece perro. *(la vuelve a imitar)* “Debes darte descansos” “es el estrés, es el estrés” *(deja de imitarla)*. Y para el colmo, los ronquidos de las dos. Pero ya, al rato salimos a caminar con Dona y me relajo un rato. Ya mejor pongo música y tampoco las escucho. *(Ana se pone los audífonos, los conecta en la computadora, teclea un par de palabras y suena de fondo “Nieves de enero” de Chalino Sánchez)* Ahora sí, a trabajar.

Se pone a teclear con soltura mientras se mueve al ritmo de la música. Tararea y canta algunas partes de la canción. De repente, se escucha el mismo sonido de uñas contra el metal, de forma momentánea.

Ana deja de teclear y pone atención a lo que escucha. Ya no se escucha el ruido. Alza los hombros y sigue trabajando. Pasa un fragmento de la canción y el ruido se vuelve a escuchar. Ana deja de escribir, pone atención y el sonido deja de escucharse. La música sigue. Empieza a teclear, el sonido regresa. Deja de teclear y el sonido desaparece. Pone los dedos sobre el teclado y el sonido regresa. Baja las manos y el sonido cesa. La canción continúa.



Alza las manos y el sonido regresa. Las baja y sólo se escucha la música de fondo. Las alza un poco y el sonido regresa sin dejar de escucharse la canción.

ANA: ¡Ya, carajo!

(Laura entra)

LAURA: ¿Qué ocurre? Nos espantaste.

ANA: Ese pinche ruido

LAURA: ¿Qué ruido?

ANA: Ese ¿no lo escuchas? tiki tiki tiki, como metal.

LAURA: No, no escucho nada. ¿Te sientes bien?

ANA: Sí, pero ese ruido no me deja trabajar *(pausa)* no estoy loca.

LAURA: Yo no dije que lo estuvieras

ANA: Pero me echaste esos ojos

LAURA: ¿Cuáles?

ANA: Esos que me has estado echando durante este tiempo que te he dicho sobre él. *(pausa)* Y ahora sí no me puedes decir que es Dona. Mírala

LAURA: La estás... nos estás espantando.

ANA: ¿Por qué? Ustedes son las que no lo escuchan.

LAURA: No, sí.

ANA: ¿Sí? No me veas la cara

LAURA: No, quizá sí. Quiero decir es que quizá es otra cosa

ANA: ¿Qué más va a ser? Todo el tiempo "Tiki Tiki Tiki" *(se araña el brazo al ritmo del sonido)*

LAURA: An... amor. Tranquila.

ANA: Tú no lo escuchas, ¿Está en mi cabeza?

LAURA: Quizás... es el estrés. Podemos buscar ayuda.

ANA: ¿Cuál ayuda? Lo que quiero es dejar de oírlo para poder trabajar. Si tan sólo yo...*(toma un cuchillo)*

LAURA: ¿Qué haces con esa cosa? Déjalo ahí. Te vas a lastimar

ANA: Ahora sí, nada de tiki tiki tiki *(se pasa el cuchillo por el oído al ritmo del sonido)*



LAURA: Ana. Deja eso ahí.

ANA: No te me acerques. Quiero poner fin a esto.

LAURA: Por favor...

ANA: Silencio, quédate ahí. Quiero silencio. No va a pasar na... *(Se escucha el rascar contra el metal de Dona).*

Ya no quiero ese ruido aquí *(arroja el cuchillo hacia la puerta donde proviene el sonido. Se escucha un chillido)*

LAURA: ¡Dona! *(Corre hacia la puerta y se agacha. Se pone a llorar mientras repite el nombre)*

ANA: Yo solo quería silencio. *(Pausa)* Sí, silencio *(pausa mientras se desliza hacia el suelo)* silencio...

TELÓN



ENCUENTROS CLANDESTINOS

Juan Pablo Goñi Capurro
juandeolavarria@gmail.com
(Buenos Aires, Argentina)



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

PERSONAJES

GERARDO: Hombre en los cincuenta.

ESTELA: Mujer en los cincuenta

MANUELA: Mujer trans en los cincuenta

HOMBRE

POLICÍA

Escena despojada, elementos mínimos.

ESCENA UNO - CASERÓN

Un espacio iluminado.

Habitación casi vacía.

Una silla de camping. Una caja de cartón con recuerdos varios, cerrada a la vista.

GERARDO está sentado, ansioso; viste traje y corbata, bien peinado. Se pone de pie; camina. Se sienta.

SONIDO DE LLAVES.

GERARDO vuelve a levantarse, se acomoda la ropa. Espera.

GERARDO: ¡No enciendas las luces! Hacé un paso, eso, ahí podés seguir sin problemas hasta acá, no hay obstáculos.

Aparece ESTELA, arreglada, vestida como para ir a un trabajo, pantalones o falda, tacos bajos, blusa. Una cartera cuelga del hombro.



ESTELA: ¡Gerardo! No avisaste que había que venir producida para una fiesta.

GERARDO: Por favor, que te has venido bien arreglada.

ESTELA: Si sabía que venías así, me hubiera puesto un vestido largo y los tacos altos.

GERARDO: Estás de tacos, prima.

ESTELA: Lo mínimo para que no me mires desde arriba.

Se saludan con un beso en las mejillas.

GERARDO: Debo decirte que estás magnífica. Rato sin verte.

ESTELA se acerca a la ventana.

GERARDO: No levantes la persiana.

ESTELA: Siempre me gustaron las persianas americanas del abuelo. Me acuerdo que me encantaba jugar con ellas cuando lo visitaba, eran distintas a las nuestras. ¿No puedo inclinarlas un poquito?

GERARDO: No hagas bromas peligrosas, Estela.

ESTELA: Siempre fuiste el primo obediente, el primo "No". ¿No es demasiada oscuridad?

ESTELA recorre el espacio, entra y sale de la luz.

GERARDO: Con esta lámpara y todo cerrado, estamos bien. Si encendemos más luces, nos pueden ver desde afuera, lo mismo que si alzamos la persiana que te gusta tanto.

ESTELA: ¿Será un poquitín paranoico, lo tuyo? Ah. Dejé el auto a la vuelta, como me pediste.

GERARDO: ¿Te olvidaste del país en que vivimos? Si fuéramos dos, no habría problemas, es natural que se encuentren un hombre y una mujer, ningún vecino nos iba a denunciar por eso. Hasta hubiéramos dejado los coches delante de la puerta.

ESTELA: Nosotros a veces llevamos un invitado a casa, nunca hemos tenido problemas.

GERARDO: Claro que no, porque los llevás a tu casa. Vivís ahí, invitás amigos, uno, dos, cinco. Esta es una casa desocupada, ¿no te das cuenta? Los vecinos saben que no acá vive nadie desde que murió el abuelo. Que venga una pareja, de trampa, no es sospechoso.

ESTELA: Ya lo dijiste.

GERARDO: Estoy terminando la idea. Una pareja, todo bien, amantes prohibidos. Tres personas, en una casa abandonada, ya conforman una reunión clandestina.

ESTELA: No somos tres personas desconocidas, Gerardo, somos tres parientes. Tres primos hermanos.



GERARDO: Pero somos hijos de tres hermanas. Tenemos apellidos distintos, Estela. Si entra la policía verán un Gutiérrez, una Mendoza y un López. ¿Trajiste la partida de nacimiento, acaso?

ESTELA: ¿La partida de nacimiento?, ¿quién anda con la partida de nacimiento en la cartera?

GERARDO: Ese es mi punto, prima. La partida de nacimiento es la única prueba de nuestro parentesco. Si nos atrapan aquí, nos llevarán, nos separarán y nos someterán a interrogatorios, ya sabés como son.

ESTELA: Son como tienen que ser, para protegernos de la infiltración comunista y satánica.

GERARDO: Exacto, por eso no tienen clemencia con los sospechosos, hasta que prueben su inocencia. ¿Te interesa pasar quince días de detención hasta que hagan lugar al pedido de buscar nuestras partidas de nacimiento?

ESTELA: Claro que no, Gerardo, no te pongas así. No lo había pensado, lo confieso. Te confieso también que, a veces, me olvido que siguen cuidándonos, me creo las mentiras de la televisión, el cuento de la democracia y esas pavadas. Hasta voto, por supuesto.

GERARDO: Claro que hay que votar, no votar es sospechoso también. Eso está bien. Pero no hay que descuidarse, el enemigo nos confunde, les conviene que caigan muchos inocentes descuidados, así ellos siguen trabajando en contra de la patria.

ESTELA deja la cartera colgando de la silla, mira la caja de cartón con cierta curiosidad.

ESTELA: Parece que han hecho un buen trabajo los de las subastas, ¿no?

GERARDO: Perfecto, han limpiado toda la casa.

GERARDO se sienta, rápido, cuando ESTELA se preparaba para hacerlo.

ESTELA: Bueno, primo, no seas tan caballero.

GERARDO: ¿Te querías sentar?

ESTELA: ¿Qué te parece?

GERARDO: Hubieras traído una silla.

ESTELA: No sabía que los de la empresa de remates habían dejado una sola silla.

GERARDO: No, Estela, no dejaron una sola silla. No dejaron ninguna silla, ¿no les dijimos que liquidaran todo el mobiliario vendible? La vajilla, la ropa de cama, todo. Hasta los apliques, esa lámpara está colgando de un cable. Si querías sentarte, hubieras hecho como yo, que me traje la silla.



ESTELA: Lamentablemente no tengo una mente tan clarificada como la tuya. Lo admito, no pensé en que no habría sillas. ¿Sacamos mucho del remate?

GERARDO: Fue bastante bien, ya te transferí tu parte.

ESTELA: No revisé la cuenta. Igual, lo que importa es la casa. No estoy decidida, tampoco.

GERARDO: ¿Qué hay que decidir? La tenemos que vender, ¿quién va a alquilar semejante caserón? Entre lo que hay que poner de reparaciones y de equipamiento, más lo que cuesta mantener semejante edificio, solamente un millonario podría permitírselo. Y los millonarios tienen casa, no alquilan.

ESTELA: ¿El primo Manuel estará de acuerdo? Ay, me duelen los pies de estar parada. ¿Porqué no nos encontramos en un bar o en un restaurante?

GERARDO: Justo con ustedes me voy a encontrar en un bar.

ESTELA: ¿Te avergonzamos, Gerardo?

GERARDO: Para nada. Bah. Por lo menos, vos no me avegonzás. Manuel... veremos cómo está en estos días.

ESTELA: ¿Sabés qué? No te entiendo. Si no te damos vergüenza, ¿por qué no nos reunimos en un café, más cómodos? Acá no hay nada para ver.

GERARDO: ¿Por qué? Porque ustedes nunca fueron puntuales, nunca. Siempre han llegado tarde, desde chiquitos tienen esa costumbre. Hoy mismo, veinte minutos tarde, llegaste. Y el otro, todavía no se apareció. ¿Querías que me expusiera a estar esperándolos en un café?

ESTELA: ¿Es peligroso?

GERARDO: ¿No lo sabés?

ESTELA: No, ya te dije, no soy tan buena como vos, previendo todo.

GERARDO: Se cuentan cosas, Estela, yo estoy atento, me entero siempre de lo que pasa de verdad. Esperar a alguien en un bar es una actitud muy sospechosa, si llega a pasar un policía en ese momento...

ESTELA: ¿Te enteraste de algo, posta?

GERARDO: La idea es no comentarlo mucho, la policía no quiere que corra la voz para que los subversivos no elijan otros métodos de encuentro. Pero sí, me he enterado de un caso.

La luz se apaga.

ESCENA DOS -CAFÉ



Luz difusa.

Se verán poco más que siluetas, son personajes anónimos, como los protagonistas de los rumores.

Mesa de bar, desnuda. HOMBRE sentado. Se acerca POLICÍA de uniforme.

POLICÍA: Necesito su documentación.

HOMBRE: ¿Por qué motivo?

POLICÍA: Debo incorporarlo al registro de alcohólicos.

HOMBRE: ¿Alcohólico? Aún no he pedido.

POLICÍA: No es necesario. Un hombre que se sienta solo en un bar, es un alcohólico.

HOMBRE: No estoy solo.

POLICÍA: Lo he observado desde la ventana, cinco minutos. Nadie ha ocupado esta silla. No empeore las cosas, no pretenda hacerme creer que está de charla con el hombre invisible. Está solo.

HOMBRE: Es una cuestión momentánea, pasajera.

POLICÍA: Señor, si no me da sus datos, me temo que tendré que llevarlo por resistencia a la autoridad.

HOMBRE: Ninguna resistencia, usted no me deja explicar.

POLICÍA: Los alcohólicos siempre embarullan las cosas, siempre quieren explicar. Forma parte de su patología.

HOMBRE: Puede hacerme soplar la pipeta y verá que no he tomado un solo trago.

POLICÍA: Eso sólo probaría que aún no ha comenzado. Usted es un etílico consuetudinario, un alcohólico, un dipsómano, un beodo... Usted es un borracho. Su presencia en soledad lo delata, señor.

HOMBRE: ¡No estoy solo! Estoy esperando a alguien.

POLICÍA: ¿Esperando a alguien?

HOMBRE: Así es, por eso no he pedido.

POLICÍA: ¿Esperando a alguien en un bar?

HOMBRE: Sí, claro, estoy en un bar.

POLICÍA: Esperando a alguien.

HOMBRE: Sí, espero a alguien.

POLICÍA: Dígalo todo junto. Estoy esperando a alguien en un bar.

HOMBRE: Estoy esperando a alguien en un bar.



POLICÍA: Muy bien, señor, me alegra que haya confesado, así nos hará las cosas más fáciles a nosotros y a usted, no necesitaremos someterlo a interrogatorio.

HOMBRE: ¿De qué está hablando, señor policía?

POLICÍA: De que irá a la cárcel directo, sin pasar por las salas de interrogación.

HOMBRE: ¿A la cárcel?, ¿por qué delito?

POLICÍA: En principio, por pertenecer a una organización subversiva. Puede elegir conspiración internacional, espionaje para una nación extranjera, sedición, traición a la patria, terrorismo. Hay muchas opciones. Todas tienen como pena, cadena perpetua.

HOMBRE: ¿Cadena perpetua?

POLICÍA: Lamentablemente el país ha adherido a unos convenios internacionales y no podemos aplicar más la pena de muerte.

HOMBRE: Señor policía, usted está confundido. Yo no soy subversivo, no soy espía, no pertenezco a ninguna organización.

POLICÍA: Señor, usted ya ha confesado. Hágame el favor de seguirme, no me haga llamar al escuadrón de comandos. Ellos se molestan mucho cuando los hacen trabajar.

HOMBRE: ¡Yo no he confesado nada!

POLICÍA: Lo he grabado con el teléfono, señor. ¿Niega haber dicho que estaba esperando a alguien en un bar?

HOMBRE: Claro que lo dije, porque es, precisamente, lo que estoy haciendo.

POLICÍA: ¿Entonces? ¿Por qué no me sigue a la cárcel si acaba de ratificar su confesión?

HOMBRE: ¡Yo no confesé ser subversivo!

POLICÍA: Señor, ninguna persona se sienta sola en un bar a esperar a alguien, a menos que esté haciendo una tarea clandestina. Usted está aguardando a su contacto en la organización para transmitirle o recibir información en perjuicio de la nación.

HOMBRE: ¿Usted dice que la gente no se encuentra en los bares?

POLICÍA: Claro que sí. Pero la gente que no está metida en actividades nocivas para la república, se espera en las casas, en las oficinas o en la misma vereda: al bar, entran juntas.

HOMBRE: Es absurdo.



POLICÍA: No, señor. Es sistematización de cien años de trabajo policial. No falla jamás. Persona sola esperando en la mesa de un bar, igual a persona peligrosa, persona que está trabajando en contra del país.

HOMBRE: ¿Cómo llegan a esa conclusión?

POLICÍA: Como surge de un simple vistazo por las redes sociales, la soledad es un síntoma de fracaso. Las mismas redes son para acumular amigos y recibir comentarios, emoticones, gifs y demás. Nadie se arriesgaría a ser tildado de fracasado, sentándose solo en un bar, a exhibir su patética realidad de perdedor.

HOMBRE: ¡Yo estoy esperando a alguien! No estoy solo, no soy un fracasado, tengo pareja, familia, amigos.

POLICÍA: Me gustaría creerle, señor, pero de tenerlos, los hubiera traído con usted. No se piense que disfruto de esta tarea, señor, después tengo que encargarme de transcribir la grabación y llenar mil planillas. Insisto, más allá de lo que usted diga, para la ley las cosas son claras: si está esperando, usted es un terrorista, o algo peor.

HOMBRE: Me parece que voy a llamar a mi abogado.

POLICÍA: Si usted quiere empeorar la situación, llámelo. En ese caso, yo voy a llamar a los comandos.

HOMBRE: ¿No tengo derecho a un abogado?

POLICÍA: Todos los culpables tienen derecho a un abogado, sí. Dígame que pase por la prisión. A menos que vengan los comandos, en ese caso le diría que concierte una cita en la morgue, ellos disparan antes de preguntar.

HOMBRE: Esto es una locura, esto no está sucediendo. No puede enviarme a cadena perpetua por esperar a alguien en un bar.

POLICÍA: Yo lo llevo hasta la cárcel, nomás. Allí le dan las cadenas.

HOMBRE: ¡Momento! ¿Quiere mi nombre y demás datos?

POLICÍA: No es necesario, en la cárcel se los van a pedir de nuevo.

HOMBRE: No, los datos para el registro de alcohólicos. Es que... veré, no quería aceptarlo porque me da vergüenza, pero yo... soy alcohólico. Por eso estoy solo en un bar, usted tenía razón la primera vez.

POLICÍA: Tarde.

HOMBRE: ¿Cómo tarde?

POLICÍA: Ya tengo la confesión de subversión.

HOMBRE: Cámbiela por la de alcoholismo, señor policía.



POLICÍA: Ni loco, por atrapar un subversivo pagan veinte veces más que para anotar un alcohólico. ¿Vamos o llamo a los comandos?

HOMBRE: Tengo familia.

POLICÍA: No se preocupe, en la prisión podrá llamarlos para despedirse.

HOMBRE: ¿Hasta cuándo?

POLICÍA: Hasta cuando, ¿qué?

HOMBRE: ¿Hasta cuándo no volveré a verlos?

POLICÍA: Cadena perpetua, no volverá a verlos.

HOMBRE: Esto es...

POLICÍA: A menos que...

HOMBRE: ¿A menos que...?

POLICÍA: ¿No escuchó hablar del tres por uno?

HOMBRE: No.

POLICÍA: Si usted denuncia a tres miembros de la organización terrorista, lo dejan libre a los cinco años. Y yo me llevo una comisión por los miembros que usted incorpora al presidio. Es piramidal, ¿comprende?

HOMBRE: Sí, pero... ¿de dónde saco tres terroristas?

POLICÍA: ¿Otra vez se hace el difícil?

HOMBRE: ¿Me van a torturar para sacarme los nombres?

POLICÍA: No va a ser necesario, desde que implementamos el tres por uno, todos delatan a sus cómplices el primer día. Un éxito la nueva estrategia para combatir la subversión.

HOMBRE: Pero yo no tengo tres cómplices...

POLICÍA: Vamos; en el camino, seguro se le va a refrescar la memoria.

HOMBRE: No entiendo, ¿usted viene conmigo?

POLICÍA: Por supuesto, no voy a confiar en un subversivo.

HOMBRE: ¿Y no se queda para arrestar también a mi cita? ¿Dos terroristas no son mejor que uno?

POLICÍA: ¿Usted quiere que haga doble papeleo? Además, señor, no todos los subversivos son tan blandos como usted, a otros hay que interrogarlos y no quiero quedarme después del turno. Acompáñeme y haga frente a la derrota como un hombre.



HOMBRE: Como mande, señor policía. Pero prométame que me va a ayudar con lo de los tres nombres.

POLICÍA: Cómo no, siempre hay alguien que se portó mal con uno.

Apagón, salen

ESCENA TRES - CASERÓN

De nuevo en la casa, GERARDO en la silla, ESTELA de pie.

ESTELA: Lo reconozco, primo, estuviste bien. Me muero si tengo que ir cinco años a la cárcel.

GERARDO: ¿Cinco años? Cadena perpetua.

ESTELA: Pero si delatás a tres, te la rebajan a cinco años. No me va a costar mucho nombrar a tres personas jodidas.

GERARDO: Sí, es cierto. Igual, cinco años... y te queda el estigma para siempre.

ESTELA: Ay, por favor, me duelen los pies, ¿a qué hora piensa venir Manuel?

GERARDO: Por mí, no hay problema, sacate los zapatos.

ESTELA: Es que... sin zapatos...

GERARDO: No te va a ver nadie.

ESTELA: Eso es cierto. *(se descalza, junto a la caja de cartón)* ¿Qué habrá en la caja? ¿No te intriga?

GERARDO: La verdad, no. Porquerías, seguro.

ESTELA abre la caja, saca unos diarios viejos.

ESTELA: Uf, ¿para qué guardaría todo esto el abuelo?

GERARDO: Dejame ver.

GERARDO coge un diario, ESTELA sigue sacando.

GERARDO: Ajá, son de los buenos tiempos, del proceso. Se ve que el abuelo no quería olvidarse lo que cuenta de verdad, muy inteligente.

ESTELA extrae una muñeca sin brazos, pelo desarreglado, muy sucia. GERARDO vuelve el diario a la caja.

ESTELA: ¿De quién será esta muñeca?

GERARDO: Ajjjj, no sé, de alguna de nuestras madres, supongo. Dejé de revolver, tirala que es un asco. Ya tenés recuerdos de tu mamá.

ESTELA: ¿Tirlarla? ¿Y si el abuelo tenía una fortuna escondida?



GERARDO: Ahí no entra una fortuna.

ESTELA: Pero puede tener la llave de una caja de seguridad, y los datos. Ayúdame a sacarle la cabeza.

Entre ambos, descabezan la muñeca. ESTELA mete el dedo por el hueco, GERARDO la observa de cerca.

ESTELA: No, no hay nada. Una basura, nomás.

La tira en la caja. La caja queda abierta, la muñeca arriba.

ESTELA: Supongo que alguno tendrá que llevársela y tirarla en otro lado, no sea cosa que baje el precio de la casa.

GERARDO: Manuel, por llegar tarde.

ESTELA: Hablando del perdido, ¿sabés cómo anda? Yo no lo veo desde que se murió la tía Clara.

GERARDO: Tampoco yo, esa fue la última vez que nos vimos, ¿veinticinco?

ESTELA: Veintinueve años, Gerardo. Increíble, ¿no? El abuelo vivió ciento un años, y sus hijas no llegaron a los cincuenta.

GERARDO: Verdad, primero Clara, después mamá y luego tu mamá, las tres en menos de un año, como uno de esas cosas de naipes que tirás una y caen las demás, en línea.

ESTELA: Manuel no apareció en el velorio de mamá.

GERARDO: Tampoco en el de mi mamá, al que vos no viniste.

ESTELA: Estaba en Miami, Gerardo. No tuve tiempo de armar el viaje, ¿o no lo recordás?

Silencio.

ESTELA: Te juro que, si no, hubiera ido, no te pongas así.

GERARDO: ¿Eh? Ah, no, eso está... Me quedé pensando en Manuel y en tu pregunta. ¿Cómo te imaginás que está ahora?

ESTELA: Manuel...siempre fue medio rarito, ¿no?

GERARDO: Tenía el mismo recuerdo, Estela. Necesitaba confirmarlo, capaz que era una idea mía. Éramos chicos, pero me acuerdo que nunca quería jugar a la pelota.

ESTELA: Tenía modales suaves. Cuando murió la mamá, no hablé mucho con él.

GERARDO: Yo tampoco, pero lloraba... como...

ESTELA: Sí, sí, lloraba medio...raro...

GERARDO: Me da cosa que sea un problema cuando...



ESTELA: (*interrumpe*) ¡Chist!

Ruido de motor que se detiene.

ESTELA: Eso es un auto, Gerardo, ¡y paró acá adelante!

GERARDO: ¿Dónde vas?

ESTELA: A mirar por la persiana americana, ¿qué te parece?

ESTELA va a la ventana.

GERARDO: (*poniéndose de pie*) ¡Nos vas a delatar!

ESTELA: ¿Y si es la policía?

GERARDO: Por eso mismo. Dame un segundo.

GERARDO acciona un interruptor, quedan a oscuras.

GERARDO: Ahora, sí.

ESTELA: Es una mujer, no está vestida de policía.

GERARDO: ¿Qué hace?

ESTELA: Está caminando, como si fuera para la puerta.

GERARDO: ¿Nuestra puerta?

ESTELA: ¿Por qué no venís a mirar?

GERARDO: Prefiero...quedarme a tiro del interruptor, por cualquier cosa.

ESTELA: Sos un...

TIMBRE

ESTELA: ¿Qué hacemos?

GERARDO: Hablá más bajo. No hacemos nada, que se canse y piense que no hay nadie.

ESTELA: ¿Qué viene a hacer una mujer, acá?

TIMBRE

GERARDO: Tendrá la dirección equivocada, será una vendedora, no sé. Lo más importante, policía no es, estamos a salvo.

ESTELA: Ahí se vuelve al coche. Listo.

GERARDO enciende la luz y se sienta, rápido. ESTELA va a su lado.

ESTELA: Falsa alarma.



GERARDO: Lo que me hizo sufrir esa tarada que se equivocó de número. ¿En qué estábamos?

ESTELA: En el problema de Manuel, ese... amaneramiento.

GERARDO: ¿No será gay?

ESTELA: Es lo que sospecho, no está casado, no tiene hijos.

GERARDO: Estamos perdidos, hay que armar una estrategia para no firmar junto con él.

ESTELA: No entiendo, ¿cuál es el problema? Hay que pasar a una escribanía y firmar, no lo vamos a invitar a una fiesta con nuestras familias, no nos vamos a sacar fotos con él. Ya lo dijiste, tenemos distintos apellidos, no nos van a relacionar.

GERARDO: No importa, basta que nos vean con él unos minutos para que sospechen que yo también soy gay. Y vos, lesbiana.

ESTELA: Ahora que lo decís... ¡tenés razón! Bastan unos minutos...

GERARDO: ¿Qué?, ¿qué pasa? ¿Lo viste y te sacaste una foto con él?

ESTELA: No, pero me acordé de algo que me enteré. Menos mal que nos encontramos acá, donde no nos ve nadie. Qué bien estuviste en tomar precauciones, Gerardo.

GERARDO: No me tengas así, ¿de qué te enteraste?

ESTELA: De la historia de un tipo que... Jurame que no se lo vas a contar a nadie.

GERARDO: Te lo juro, prima.

ESTELA: Resulta que pasó de noche, en el parque.

Se apaga la luz de la casa.

ESCENA CUATRO – PARQUE

HOMBRE

POLICÍA

Parque, a la noche, puede haber un banco o fuente.

Otra vez, los personajes de la escena se verán apenas, difíciles de identificar.

Hombre, en ropas casuales.



HOMBRE: *(tarareando la canción Gloria, y bailando)* ¡Gloria, gloria!

Ingresa policía, en uniforme.

POLICÍA: ¡Alto, policía! ¿Qué tenemos por aquí?

HOMBRE: *(intentará demostrar machismo en todo el diálogo, cada tanto lo perderá y buscará corregir el tono de voz)* Nada, oficial.

POLICÍA: ¿Cómo, nada? Nadie hace nada afuera de su casa, ¿acaso es uno de esos vagos que viven en el parque?

HOMBRE: ¿Cómo se le ocurre, oficial? Fíjese lo bien que visto, lo limpio que estoy, ¿cómo puede confundirme con un vagabundo?

POLICÍA: Los únicos que están en un parque, de noche, son los vagos que viven en la calle, esa lacra que con gusto nosotros llevamos a prisión.

HOMBRE: Está bien, oficial. Usted me escuchó, estaba cantando.

POLICÍA: Diría más bien, ladrando.

HOMBRE: Por eso mismo vengo al parque, oficial, porque mis vecinos en el edificio no toleran mi voz. Estoy aprendiendo.

POLICÍA: Mm... Si no es vago y viene al parque de noche, usted es un homosexual.

HOMBRE: ¿Homosexual, yo? ¿Cómo se le ocurre semejante cosa, oficial? Por favor, yo soy bien macho. Tráigame un homosexual que lo hago picadillo.

POLICÍA: Estaba cantando, eso es medio cosa de invertidos.

HOMBRE: No señor, yo estoy ensayando porque quiero cantar en el coro de la iglesia.

POLICÍA: La canción que escuché no era de iglesia.

HOMBRE: Ah, usted se confundió. Quiero aprender a cantar el Gloria a Dios, el profesor me dijo que practicara la palabra gloria primero, por eso me dio esa canción que escuchó.

POLICÍA: Señor, me temo que no me resulta convincente. En este parque se citan los maricones.

HOMBRE: ¿En serio? Creí que ustedes ya habían terminado con los maricones.

POLICÍA: En eso estamos, señor, tenemos prisiones repletas de maricones, gays como se dicen ahora. Pero se reproducen a una velocidad que ni le cuento.

HOMBRE: Es una epidemia, sí, es contagioso.



POLICÍA: Usted lo dijo, señor, me temo que, por esa confesión, voy a llevarlo a prisión.

HOMBRE: ¿Por qué?, ¿qué confesé?

POLICÍA: Si está en el parque donde se reúnen los gays, usted ya se ha contagiado.

HOMBRE: En ese caso, usted estaría contagiado también, mi estimado oficial.

POLICÍA: No, señor. Yo estoy con uniforme, y el uniforme me inmuniza, impide que me contagie de las desviaciones. Pero no se preocupe, en el interrogatorio van a probar que usted es gay, o lo soltarán.

HOMBRE: No quiero ir a un interrogatorio.

POLICÍA: Sigue acumulando pruebas en contra, señor. ¿Seguro que si le bajo los pantalones no voy a encontrar una bombachita?

HOMBRE: Seguro, fíjese, tengo slip (*se baja un poco el pantalón, el POLICÍA mira con detenimiento*).

POLICÍA: Ajá, entonces es su novio el de la bombachita, el que viene a hacer de mujer. Vamos, no me haga llamar al grupo de asalto. Ellos no son tan suaves, pegar palizas a los gays es uno de sus entrenamientos de combates favoritos. Ganan los que logran conseguir más enemigos de la patria internados.

HOMBRE: ¡No, oficial! Por lo que más quiera, no me lleve. Tengo familia, hijos...

POLICÍA: ¿Y no le da vergüenza andar mariconeando?

HOMBRE: Yo no estoy... ¿No podemos arreglarlo acá?

POLICÍA: ¿Usted me está haciendo una propuesta indecente? ¿Usted le está ofreciendo sexo a un defensor de la moralidad?

HOMBRE: No, señor, ¿cómo se le ocurre? Jamás tendría sexo con usted.

POLICÍA: ¿Con que esas tenemos? (*remedándolo*) "Jamás tendría sexo con usted". Así que, aparte de todo, me insulta, me dice que soy tan feo que ni una desagradable marica tendría sexo conmigo.

HOMBRE: ¡No, no quise decir eso! Sería el hombre más feliz del mundo si pudiera tener sexo con usted.

POLICÍA: Eso es lo que quería escuchar, una confesión completa de su homosexualidad. Y lo tengo grabado. Vamos, a prisión.

HOMBRE: Es injusto, yo...

POLICÍA: No gaste saliva, señor, la va a necesitar allá, en la prisión. Ya no estoy grabando, tengo la prueba que necesitaba. Póngase contento. Le van a dar un uniforme rosa y todo, para que los convictos con cadena perpetua lo identifiquen fácil.



HOMBRE: Usted, oficial, guapo... O sea, guapo para las mujeres, claro... Diga lo que diga, me va a llevar igual, ¡es una trampa!

POLICÍA: Ya le dije, no estoy grabando. Por supuesto que es una trampa, ¿usted se miró al espejo, señor? ¿Cómo pudo creerse que ese chico tan lindo con el que se citó por el Facebook puede estar interesado en usted?

HOMBRE: ¿Por qué a mí?

POLICÍA: Lo denunciaron, señor. Lo vieron en la cola del banco, al lado de un travesti.

HOMBRE: ¡Estaba adelante mío en el turno!

POLICÍA: Habló con él.

HOMBRE: Le pregunté si era la cola correcta.

POLICÍA: ¿Lo ve? Tuvo una conversación de índole sexual.

HOMBRE: ¡La cola del banco! ¡La de la caja! De verdad, no tengo nada que ver con ese engendro. Ni lo conozco.

POLICÍA: Eso no importa, salió al lado de él en las cámaras y con eso es suficiente para ingresarlo en el sistema de búsqueda y captura.

HOMBRE: Ahora que lo pienso, el travesti se parecía a usted.

POLICÍA: Por favor, señor, si el travesti hubiera sido yo, usted no le hubiera hablado, porque dijo de entrada que no le intereso. ¡Vamos, a prisión!, ¡al interrogatorio!, ¡a las picanas! Tardará, pero terminaremos con las lacras como ustedes.

POLICÍA empuja a HOMBRE, salen de la zona iluminada que se apaga.

ESCENA 5 - CASERÓN

Se ilumina, GERARDO en la silla, ESTELA de pie, imita la salida del POLICÍA.

GERARDO: Terrible. No nos podemos arriesgar.

RUIDO DE LLAVES

ESTELA: ¡Ahí llega el marica!

GERARDO: No te anticipes, en una de esas, sólo es...

Se oye un taconeo, GERARDO salta de la silla; él y ESTELA quedan congelados.



MANUELA: (OFF) ¡Piedra libre! ¿Jugando a las escondidas, primitos? ¿Por qué no abrieron? Estuve una hora para encontrar las llaves.

Entra MANUELA a escena. Minifalda, blusa, tacos, peluca, cartera.

MANUELA: ¿Qué pasa? ¿No van a saludar a la prima?

MANUELA va abrazar a GERARDO, que la esquiva. ESTELA se aleja.

MANUELA: Pero, che, ni que vieran un monstruo. Yo también estoy feliz de reencontrarlos, me muero de alegría.

GERARDO: Esto es lo peor que podía pasar. ¡Dijiste que era una mujer!

ESTELA: ¿Ahora es mi culpa?, ¿cómo me iba a imaginar este engendro?

MANUELA: Vos también estás hermosa, prima Estela. Y vos, primo...

GERARDO: ¡No te me acerques que es contagioso!

MANUELA: ¿Contagioso? Ja, ja, ja...

MANUELA se sienta en la silla. ESTELA la señala, GERARDO se da vuelta y no mira.

MANUELA: Ni que estuvieran delante de un fantasma, soy Manuela, no el abuelo.

GERARDO: ¿Ma-nuela?

MANUELA: La que viste y calza. ¿Ya recorrieron la casa?

ESTELA: No es necesario, en la inmobiliaria tienen todos los datos.

MANUELA: ¿Alquilamos?

ESTELA: Vendemos.

MANUELA: ¿Vendemos? Qué lástima, fui tan feliz entre estas paredes.

GERARDO: Tampoco es que veníamos tanto.

MANUELA: Ustedes, yo siempre pasaba el verano entero, acá. Y las vacaciones de invierno, el abuelo era el único que me comprendía.

ESTELA: Vos no eras así, Manuel, ¿cuándo te enfermaste?

MANUELA: Ay, prima, sos antediluviana. Siempre fui mujer, el abuelo siempre lo supo; pero tuve que disimularlo por mamá, ella siempre fue tan enfermiza que me hacía sentir culpa. Ah, y es Manuela, no Manuel.



GERARDO: ¡Manuel! Nada de Manuela, Lo único que falta, que no podamos firmar los papeles de venta porque a vos se te ocurra disfrazarte de mujer.

ESTELA: Vamos a encontrar una solución, no te sulfures, Gerardo. ¿Habrás algún problema en que mañana concurras a la escribanía vestido de varón?

MANUELA: Ni lo sueñes, esperé casi treinta años, no voy a perder un solo día más.

GERARDO: ¿Y querés que no me sulfure? No la van a dejar firmar porque no va a coincidir con el documento.

MANUELA: Querido, soy Manuela, con documento y todo. Lo tengo en la cartera, ¿querés que te lo muestre?

GERARDO: ¡No vamos a poder vender! En la sucesión figura Manuel.

MANUELA: Tranquilízate, tengo todo el papelerío terminado, hace un mes recién que pude tener el documento. Uf, nunca fui buena para hacer trámites, las que empezaron conmigo ya lo tienen hace como... cuatro años. Pero está solucionado todo el tema de modificar aquellos papeles con el nombre nuevo, o sea, el correcto.

GERARDO: Estamos en peligro, Estela, cayó en la trampa, hasta se identificó, nos van a arrastrar cuando vayan por ella.

MANUELA: ¿Quién va a venir por mí?

GERARDO: Vestirse con ropas de otro sexo es una contravención, un delito.

MANUELA: ¡Te quedaste en el siglo pasado! Ahora somos libres, nos vestimos como queremos. Ah. Y yo no estoy vestida con ropas de otro sexo, sino con las del mío. ¡Soy mujer!

GERARDO: Ridículo sos, puto disfrazado.

MANUELA no presta atención, mira hacia la caja.

ESTELA: ¡Gerardo! No es necesario insultar.

GERARDO: ¿No te das cuenta que...?

MANUELA: *(interrumpe)* ¡Lola!

GERARDO y ESTELA, desconcertados. MANUELA deja la silla, toma las dos partes de la muñeca rota.

MANUELA: ¡Lola! Mi amiga, mi compañía...

GERARDO: ¿Y ahora qué dice?

ESTELA: Ya lo va a explicar, tranquilízate.



MANUELA: Acá era feliz, me subía al ático, me vestía con las ropas de mi sexo y jugaba con Lola, jugaba a que éramos amigas...

GERARDO: ¡La ropa de mi sexo, dice! ¡Será posible!

ESTELA: ¡Chist! ¡Gerardo! (*a MANUELA*) ¿De dónde sacabas la ropa?

MANUELA: El abuelo siempre sacaba algo de la ropa usada, esa que donaban para Cáritas, la que llevaba la abuela cada dos meses a la iglesia. Él me cubría.

GERARDO: ¿La ropa...? ¡Mamá donaba ropa para Cáritas! ¡Se vestía con la ropa de mamá!

ESTELA: Gerardo, solucionemos esto como gente civilizada. Es nuestro... nuestra... Al fin y al cabo, somos parientes, ¿no? Solo se trata de poner una firma.

MANUELA está poniendo la cabeza a la muñeca. ESTELA mira la silla libre, mira a GERARDO.

MANUELA: ¿Quién habrá sido la porquería que le sacó la cabeza a mi Lola?

ESTELA: Estamos rodeado de monstruos, sacarle la cabeza a una muñeca.

GERARDO va a intervenir. ESTELA lo calla con un gesto, aprovecha y se sienta.

GERARDO: (*por lo bajo*) Estela, ¿por qué te pensás que no me senté yo? Esa silla está infectada.

ESTELA: No puedo más de la cintura.

MANUELA: ¡Ahí está, completa de nuevo! Bueno, casi, perdió los brazos la pobre. (*ve a ESTELA, sentada*) Ah, la que se fue a Sevilla, perdió su silla.

GERARDO: ¿Podemos hablar de cómo vamos a hacer mañana?

MANUELA: Fácil, vamos y firmamos la orden de venta. Después, cuando esté vendida, volvemos y firmamos la escritura. Cuanto más rápido pase por este trance doloroso, mejor.

ESTELA: No podemos ir con vos.

MANUELA: Gerardo, Estela, en serio, ¿dónde estuvieron viviendo los últimos treinta años? No puedo creer que les esté explicando esto. Las cosas cambiaron, ahora somos libres, no nos tenemos que ocultar. Ya no hay conductas sospechosas que te lleven presa.

GERARDO: ¡Eso es lo que vos te creés!

ESTELA: Manuel...a. No quiero aparecerme con vos en la escribanía, tal vez vos no te des cuenta, pero estás ridícula, así se visten las nenas de veinte años. Te ves... horrenda, un cachivache. Disculpame que te sea honesta, no quiero pasar un papelón.



MANUELA: ¿Querés que me ponga un vestido largo, al piso? ¿O que vaya descalza, como vos? ¿Te volviste una de esas...que andan con el yoga, esas cosas orientales?

ESTELA: Los zapatos están ahí, me los saqué porque anduve todo el día y estoy cansada.

GERARDO: Basta, yo me tengo que ir, yo fui el único que llegó a horario y tengo mis cosas. Hacemos así. Vos, Manuel, vas a las nueve, cuando abre la escribanía. Después, vamos nosotros.

MANUELA: Ni loca les firmo algo antes que esté la firma de ustedes. Vamos juntas. Si quieren las llevo, porque veo que están sin autos.

GERARDO: (*aparte*) Si me sigue tratando de mujer...

ESTELA: Dejamos los autos lejos, para que los vecinos no vieran que éramos tres y nos denunciaran por hacer una reunión clandestina.

MANUELA: Ja, ja, ja... ¿Reunión clandestina?

GERARDO: Están prohibidas la reuniones clandestinas. Te llevan y te dan cadena perpetua por subversivo.

MANUELA: Gerardo, ese tiempo oscuro terminó. Decile, Estela, cómo son las cosas ahora. ¿Ahora? Hace... ¡puf! No me hagan contar que me acuerdo la edad que tengo.

ESTELA: Este... Las cosas siguen siendo así, Manuela.

GERARDO: Seguire la corriente, está loco y vos le seguís la corriente.

ESTELA: Por eso nos juntamos acá, a escondidas, porque en un bar, Gerardo sentado solo iba a ser sospechoso. Digo, porque él llega a horario y nosotros llegamos tarde.

MANUELA: Primos, lo de ustedes es grave. La gente es como quiere, se viste con lo que quiere, opina lo que quiere.

ESTELA: Eso es lo que nos quieren hacer creer, prima.

GERARDO: Primo, si vos querés creer en esas leyes, allá vos, es tu vida. Pero condenate solo. Si te parece bien, vamos nosotros temprano, firmamos y dejamos para el final que firmes vos.

MANUELA: Como quieran... No lo puedo creer. ¿De verdad no vas solo a un bar, primo? ¿Y vos, Estela?
No le responden.

MANUELA: Siguen viviendo en la edad oscura... ¿No publican en las redes lo que piensan?

ESTELA: ¿Estás loca?, ¿si nos malinterpretan y nos llevan?

MANUELA: ¿Quién?, ¿quién se los va a llevar? Esos personajes oscuros no están más.



ESTELA: Están, prima, están.

GERARDO: Claro que están.

MANUELA: Lo lamento, me voy con Lola, tengo que cuidar mi salud mental. No puedo creer que se nieguen a ser libres. Mañana voy a firmar el papel de mierda... *(sale, se frena)* ¡A la tarde, quédense tranquilas!

MANUELA desaparece.

GERARDO: Ah, no sé cómo me contuve para no matarlo a patadas.

ESTELA. Pobre, me da lástima.

GERARDO: Y vos lo tratabas de mujer, si nos llegaba a escuchar un policía... no quiero ni pensarlo.

ESTELA: ¡Le seguía la corriente para que firmara! Lo importante es vender la casa, ¿o no?

GERARDO: Verdad. No le demos más vuelta al asunto que me caliento al pedo. Ahora voy a tener que desinfectar la silla, quién sabe qué enfermedades tiene.

ESTELA se calza los zapatos. Se escucha arrancar el automóvil.

ESTELA: En serio, ¿no te da lástima? La... El pobre se cree que somos libres...

GERARDO: Va a caer, y cuando caiga, yo voy a tener la conciencia tranquila, yo le avisé cómo eran las cosas.

ESTELA: *(de pie)* Pobre iluso, cree que se fueron... son como el sol, aunque no los veamos, siempre están.

GERARDO saca un pañuelo, con él manipula la silla, cerrándola.

GERARDO: Andá hasta la puerta, esperame para guiarme, que yo voy a apagar la luz.

ESTELA camina, sale de la luz. GERARDO pulsa el interruptor, quedan hablando a oscuras.

ESTELA: Acá, Gerardo.

GERARDO: Ya está, no es necesario que grites. Ahora salís vos, en un rato salgo yo.

ESTELA: No estoy del todo bien, teníamos que habernos despedido mejor, capaz que es la última vez que la... que lo vemos. Mañana, cuando vaya, va quedar marcado...

GERARDO: Él se la buscó. Dale, andá nomás que no hay nadie en la vereda. ¡Ni siquiera puso llave a la puerta cuando entró!, ¡nos pudieron llevar a todos por ese inconsciente!

Apagón

Fin.



Convocatoria

Julián David Rincón Rivera

rinconriverajulian@gmail.com

(Chía, Cundinamarca, Colombia.)



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

Ya me había decidido a participar en la convocatoria.

Más que nada, lo que llamaba mi atención era la cifra redonda de la premiación. Eran seis ceros acompañando un solitario uno a la izquierda, nada más eso, porque los ceros solo suman hacia la derecha. Aún me repetía: “No, no. No lo hago por el premio. Lo gratificante es participar...”

La verdad era que el dinero me movía, ¿A quién no?

Pero aquel era el problema; Buscaba la manera de convencerme, asegurarme de que no me parecía a los demás. Ya llevaba unos cuatro, cinco años dándole a la escritura. Unas cuantas publicaciones con una editorial que publica a cualquier zopenco y tienen el descaro de llamarnos “escritores”. Entonces claro, cualquier imbécil puede publicar, cualquiera puede creerse el cuentico de que es “escritor”. Claro, ahora, cualquier estúpido puede ser escritor. Lo peor de todo, se las creen.

Pero aquí no. En éste cuarto, en éste ambiente, en éste aire donde se respira insatisfacción, un don de unos pocos, los criterios son rigurosos, un tanto descabellados.

Entonces no, yo no me creo ese cuentico, escritor no es cualquier aparecido.

Hace falta algo más. No es simplemente darles un adorno a las palabras, organizarlas para que se vean bonitas, para que se lean bien, para el gusto de todos, para el gusto de cualquiera. No, hace falta algo más. Así, surgió una suscripción con una plataforma virtual que te paga por publicar. Te asignan un editor para llevar a buen recaudo todo el proceso. Son cincuenta dólares por treinta mil palabras repartidas en capítulos de no más de cinco mil palabras. Aun así, está la trampilla para no dejártelo tan fácil, porque nunca nada es fácil y, si es fácil, muy seguramente no vale la pena. Yo ya había completado dos textos y me faltaba el último capítulo del tercero. Tenía asegurados ciento veinte en la cuenta, lo que representaban medio millón



en pesitos de por aquí. Un buen recaudo para casi seis meses de trabajo. No continuos, intercalados entre las “obligaciones” que me tienen amarrado a este lugar. Aun así, me decía: “Nada mal para un principiante”. Pero éstos infelices no te dejan bajar el dinero hasta que le hayas generado algo de ganancias con tus textos. Esto es un número inconmensurable de lectores que leen, votan, comparten y guardan en sus bibliotecas digitales el texto.

La verdad es que no tengo muchos lectores y la mayoría de dichos “lectores” no son más que desocupados con algún fetiche, con alguna locura que satisfacer. No sé por qué razón me uní a ellos, pero no se crean, no ando escribiendo sobre amoríos imposibles, sobre incestos disfrazados en otras complejidades ridículas. La verdad es que no soy nadie y por ende esto no deja más que ser inútiles intentos de un aficionado más.

Es porque no tengo un “apellido” o un “nombre” que venda, que produzca. Pero puede ser que mi humilde producción sea mejor que las grandes producciones.

Pienso entonces en la cifra redonda, “No, no soy un escritor...”

Me imagino ganando el primer lugar. “No, no soy un escritor...”

Me imagino el anuncio. El título de mi presunto cuento, el nombre del creador. “No, no soy un escritor...”

Me imagino la premiación, la invitación para un directo por Instagram o Facebook presentando a los ganadores. “No, no soy más que uno más en el costal...”

Me lo imagino así, ya que necesito encontrar formas para justificar ésta insensatez. No para mí, sino para los demás. No, no me he librado del miedo inventado por ellos, aún no. Pero me digo, “Que carajos, que se jodan.”

Entonces ya no escribo más para ellos, escribo para mí. Que sea de mi gusto y de nadie más.

Así pues, ya no escribo bonito ni criterioso. Que salga como tiene que ser, como un chorro de agua, como el proyectil que le pega a alguien, como el moco del deportista que incomoda al televidente, como el comentario estúpido, o bien inteligente, que deja pensando a más de uno. Que sea algo así, incluso algo más. Y me acuerdo entonces que esto ya lo había dicho antes, ¿Hasta cuándo me voy a dejar de sabotear?

Al final. Le puse título al relato y lo envié. “El verdadero premio está en la satisfacción de participar...”

La cifra es redonda. Ya me imagino gastándola, invirtiéndola, reinvirtiéndola, solo el tiempo lo dirá, y los presuntos jueces. ¿A quién pondrán en el pedestal?